

# La Iniciativa Privada y el Desarrollo Económico de México

Por el Lic. JUAN SÁNCHEZ NAVARRO

*Discurso pronunciado en la inauguración del V Congreso  
Nacional de Industriales el 19 de febrero de 1964 \**

**N**O por azar ha llegado a ser básico en el pensamiento económico de hoy, el tema del desarrollo económico. Desde los finales de la II Guerra Mundial, se fue creando la opinión, que ha llegado a ser unánime, de que el problema del desarrollo económico y el progreso de los países subdesarrollados, constituye la preocupación esencial de la ciencia económica de nuestros días. Esta opinión no es sino el reflejo, en el pensamiento científico, de los cambios de fondo que la economía del mundo ha sufrido en los últimos años con la creciente importancia que en la vida política mundial desempeñan hoy las naciones de la periferia; los nuevos y viejos Estados de Asia, de Africa y América Latina.

En los primeros años de este siglo, gracias a los extraordinarios progresos de las comunicaciones y de los transportes, el mundo había llegado a disfrutar de una economía, en apariencia, internacional. Una red de navíos y ferrocarriles y de telégrafos envolvía el globo terráqueo, realizando un intenso intercambio de productos y de recursos.

Así, se daba el espectáculo de una interpenetración de las diversas economías, que producía la complacida admiración de los hombres de entonces, creyentes, hasta en sus últimos extremos, en el progreso económico ininterrumpido. Sin embargo, en realidad esa economía difícilmente podía ser llamada mundial. Lo cierto era que gran parte del planeta permanecía al margen de esa circulación y no participaba en ella más que superficialmente, y que el mundo económico de aquel entonces giraba en torno del gran corazón europeo.

En Asia central, en China, en la India, en la actual Indonesia, en Africa, en las islas del Pacífico, y en muchas naciones de América Latina vivían pueblos enteros sin contacto con el corazón europeo y esos pueblos sumaban más de la mitad de la población mundial. La tan elogiada red de transportes que "envolvía al globo", para usar el tópico de la época, lo dejaba en realidad escapar, como si con esa red se hubiera querido aprisionar el agua de los océanos. En suma, el comercio era en verdad la expresión de la hegemonía económica europea, y el mundo que después se había de llamar subdesarrollado, encerrado en sus costumbres, en sus prácticas y en sus instituciones económicas, vivía de espaldas a la economía internacional, que en realidad se desarrollaba hasta una periferia, más allá de la cual, sólo existía el vacío.

Después de la I Guerra Mundial, se inicia el desplazamiento del centro de gravedad de la economía del mundo, que estaba en la Europa continental, con rumbo hacia los Estados Unidos. La II Guerra Mundial acelera el proceso, alterando profundamente las estructuras políticas y sociales que sustentaba el viejo sistema circulatorio. Si de la I Guerra Mundial nace la gran potencia económica de los Estados Unidos, de la II Guerra Mundial ha surgido una economía internacional que se basa en dos polos: el mundo Comunista y el mundo Occidental. Y por si fuera poco el proceso de transformación, la bipolaridad del actual mundo económico y

político, evoluciona asimismo con enorme rapidez, por la presencia de los países nuevos, surgidos de la destrucción del colonialismo tradicional, por la activa participación de los viejos países del Oriente y por la creación de los bloques regionales económicos, principalmente, del Mercado Común Europeo.

En este panorama internacional, el caso de la América Latina es de particular interés. La región pertenece en conjunto al sector del mundo subdesarrollado que lucha, al parecer sin esperanza, por escapar de la pobreza y de la ignorancia y por alcanzar niveles decorosos de vida.

En los últimos años, aparece indiscutible "el desmejoramiento de la posición relativa de los países en desarrollo, dentro del conjunto de la economía mundial. Cada día se vé con más claridad, que los objetivos contemplados por la Asamblea General de las Naciones Unidas, al señalar como "década del desarrollo" la que estamos viviendo, van a verse frustradas y que una inmensa y creciente desigualdad entre las naciones se sobrepone a los esfuerzos de cooperación internacional.

Este es realmente el aspecto más trágico de la carrera por el desarrollo económico: el aumento del grado de desigualdad entre las naciones altamente industrializadas y los países subdesarrollados entre el privilegio de la riqueza de los pocos países y la miseria en masa de la gran mayoría de las naciones del mundo. Y en esta carrera hacia la desigualdad que genera tensiones y conflictos políticos y sociales en todo el mundo, la situación de América Latina es desalentadora, como lo ha demostrado con datos irrecusables la Comisión Económica para Latinoamérica, en su informe sobre los problemas del comercio internacional. En su conjunto, los problemas de nuestra región se agravan año con año debido al constante deterioro de los términos de intercambio, a la disminución de la tasa de desarrollo y al peso cada vez mayor de los servicios financieros. Esta situación se agudiza por la existencia de las fallas estructurales en el sistema económico de América Latina que impiden alcanzar un adecuado ritmo de crecimiento y por las perturbadoras tendencias autárquicas y prácticas discriminatorias del comercio internacional dominado por los países industrializados, que origina el mantenimiento del atraso económico de nuestros países y el creciente desequilibrio en la distribución de la renta mundial. "El pronóstico para los próximos años", dicen los líderes de la economía Latinoamericana, "si no se introducen hondas y oportunas rectificaciones es indudablemente desolador. Para fines de la presente década el déficit de recursos externos tendrá proporciones incompatibles no sólo con el mantenimiento de la vida económica y social en condiciones de normalidad y orden. De todo ello parece claro —agregan— que es necesario revisar con abierto espíritu, conceptos e instituciones, promulgar nuevas normas y poner en marcha dispositivos que cambien el rumbo de la actual evolución:

Desde el punto de vista interno ¿qué pueden hacer los países de Latinoamérica para aliviar los males que aquejan a su economía? Los economistas responden que los países

(\*) No incluye la parte inicial del discurso, relativa a los antecedentes del Congreso y a los resultados de los cuatro anteriores.

latinoamericanos deben llevar a cabo con decisión y valor político transformaciones radicales: transformaciones en la estructura social y transformaciones en la estructura de la economía. La deficiente estructura social, se manifiesta primero, por una gran rigidez, que impide el ascenso de los elementos dinámicos de la sociedad; segundo, por situaciones de privilegio en la distribución de la riqueza y tercero, por las deficiencias en la inversión originadas por módulos exagerados en el consumo. En lo que atañe a la estructura económica algunos factores importantes de estrangulamiento interno limitan la expansión: primero, la insuficiencia de los recursos de capital; segundo, la debilidad del mercado interno, que a su vez determina una capacidad ociosa industrial y tercero, y principalmente, las graves deficiencias de la producción agrícola originadas en la inseguridad del régimen jurídico de la propiedad agraria y en la pobreza de recursos técnicos, educativos y de inversión, indispensables para el aumento de la productividad del campo.

El caso de México dentro del conjunto de la economía latinoamericana puede considerarse en la actualidad, como un caso de excepción. No quisiéramos exagerar las diferencias que existen entre las economías de los países latinoamericanos y la nuestra, ya que en todo caso nuestro país tiene puntos de contacto y una estructura económica muy semejante a los de los otros países de hispanoamérica. Sin embargo, es evidente que en México no se han presentado en los últimos años los rasgos desalentadores que caracterizan hoy en día la vida económica de los países hermanos. A nuestro país le ha afectado el deterioro de los términos del intercambio igual que al resto de Latinoamérica; pero la producción mexicana de materias primas agrícolas y minerales es muy diversificada, lo que ha reducido el impacto que debía de haber sufrido a consecuencia de este deterioro. Además el ingreso de divisas del turismo ha permitido un equilibrio de nuestra balanza de pagos y un aumento en términos generales, de las reservas monetarias del Banco de México.

Por otra parte, la tasa de crecimiento de nuestro país, tanto en la década 1940-50 como en la que de 1950-60 y lo que va corriendo de la presente, ha sido superior en promedio a la que en su conjunto alcanza el resto de los países latinoamericanos. Además, el peso de los servicios financieros de la deuda exterior mexicana, aunque considerable porque los empréstitos y las inversiones extranjeras en México forman un renglón importante de nuestra economía, no es de tal manera grave que afecte seriamente nuestras reservas monetarias; no obstante, parece que ha llegado el momento de examinar con cuidado, si no la capacidad de pago de México, que creemos es amplia hoy, sí los plazos para ir amortizando nuestro endeudamiento con el exterior.

Tal vez algunos aspectos internacionales de nuestra vida política y de nuestra estructura expliquen mejor la situación especial de la economía de México. Cabe subrayar en primer lugar, que la tranquilidad política que ha gozado el país durante los últimos treinta años ha permitido que su economía en sus aspectos estructurales y en su programación, haya podido evolucionar firmemente en sentido de ascenso en su ritmo de desarrollo. En segundo lugar, debemos poner de relieve que las reformas de carácter social emprendidas por México desde la iniciación del movimiento revolucionario de 1910 a la fecha, han sido un factor decisivo, no sólo para mantener la paz política, sino para incrementar el mercado interno y para realizar una más equitativa distribución de la riqueza nacional. Además, progresistas reformas de las instituciones que rigen las relaciones obreropatronales han creado un clima de concordia y paz social.

Seguramente que cuando los líderes de la economía Latinoamericana se referían a las modificaciones y rectificaciones indispensables para que la economía latinoamericana se desenvuelva en condiciones de normalidad y orden, pensaban en el ejemplo que significan los grandes cambios que ha habido en nuestro país como consecuencia del movimiento revolucionario.

Estas opiniones optimistas respecto a nuestra situación económica, social y política no deben, sin embargo, inducirnos a engaño y pensar que los grandes problemas nacionales han sido resueltos. Aunque nuestro país ha iniciado un rápido proceso de industrialización que podría hacer pensar justificadamente que ya iniciamos el despegue hacia mejores condiciones de vida social y económica, la verdad es que tenemos un conjunto de cuestiones gravísimas que resolver. Muchos son los problemas a los cuales se enfrenta el mexicano de hoy, y que constituyen puntos de estrangulamiento del desarrollo industrial, y son estos problemas y las dudas, inquietudes y preguntas que le son propias, los que van

a ser el motivo de las deliberaciones del V Congreso de Industriales.

Deliberaremos acerca del gran problema que significa la tremenda presión demográfica de nuestro país, que obliga a los dirigentes políticos y a los empresarios privados a actuar muy de prisa, para que los mexicanos de hoy y los nuevos mexicanos que año con año se agregan a la comunidad nacional, mejoren en sus condiciones de vida.

¿Continuará por muchos años el dramático ritmo del crecimiento de nuestra población? ¿Cómo enfrentarnos a este problema que tiene relaciones tan íntimas con nuestras costumbres, nuestras tradiciones religiosas y morales, y nuestras condiciones económicas de vida. Reflexionaremos en la gran cuestión que significa nuestro atraso educativo y en el penoso esfuerzo de México por desterrar el analfabetismo, que desde el punto de vista económico es uno de los más serios obstáculos a que se enfrenta la nación, y también expondremos nuestro criterio sobre la incipiente educación técnica en todos los niveles de la producción agrícola e industrial y nuestra falta de capacitación en el trabajador del campo y de la ciudad, en el supervisor de las fábricas, en el empleado administrativo, en la alta dirección, en el nivel de la técnica y de la investigación científica.

Un conjunto de problemas sociales en torno al desarrollo económico son y seguirán siendo motivo de preocupación nacional, porque aunque en sus líneas políticas generales en México se han encontrado adecuadas soluciones, no puede pensarse que en definitiva están nunca resueltos los problemas siempre cambiantes pero esenciales de la seguridad y justicia social. Tales son las cuestiones, por ejemplo, relativas a la desocupación, a la vivienda, al seguro social.

El tema fiscal es también de singular interés. Reflexionemos sobre la importancia que para el desarrollo económico nacional puede tener una política fiscal congruente con la meta de crecimiento económico sin inflación y cómo a través del presupuesto fiscal y público se pueden crear estímulos importantes para el desarrollo económico, o por el contrario, se puede frenar este desenvolvimiento, todo lo cual exige la revisión del actual régimen de impuestos, y de los sistemas de recaudación y de los procedimientos que la técnica aconseja para estimular un aumento importante de la inversión privada.

Si consideramos que el desarrollo económico sólo puede lograrse por el camino de la acumulación del capital y consiguientemente de un importante volumen de inversión, estaremos conscientes de que una de las cuestiones más urgentes de inmediato es la que se refiere a los problemas financieros de nuestro desarrollo económico que fundamentalmente tiene dos aspectos: el financiamiento interno y el financiamiento externo, con lo cual se plantea a su vez, dos cuestiones de interés nacional: la del encauzamiento del ahorro nacional hacia la inversión en la mayor medida posible y con el máximo rendimiento para el desarrollo de la economía nacional, y la aceptación y uso de los recursos financieros del exterior, que con carácter complementario, incrementan el acervo de capital indispensable para alcanzar un elevado ritmo de crecimiento económico.

Pero, quizá de los grandes problemas nacionales que estudiaremos, ninguno llegue a la magnitud del problema del campo mexicano y de la necesidad de incrementar rápidamente la productividad agrícola de México. Si este incremento no se realiza en la medida indispensable, el proceso de industrialización nacional sufriría un serio retraso.

La solución del problema del campo es extraordinariamente difícil, porque en este problema se entrecruzan cuestiones políticas, educativas, sociales, técnicas y económicas; es en definitiva, nuestro gran problema; pero debemos de abordarlo, tanto el gobierno como los particulares, con singular decisión y valor, sabiendo de su compleja dificultad, pero convencidos de que tocamos la entraña misma del desarrollo económico del país.

Señalar la importancia que en el progreso de la nación puede tener una hábil y certera política comercial, en estos momentos en que el mundo entero se movilizaba para la gran Conferencia de Ginebra sobre Comercio y Desarrollo, demuestra que los industriales y los empresarios mexicanos en general, están alerta frente a las grandes cuestiones de la economía internacional que nos afectan de manera decisiva. Una modificación en el rumbo del comercio mundial parece ser el imperativo de la coyuntura económica y hoy se reconoce que "el comercio internacional debe ser en el futuro el principal instrumento a través del cual los grandes países industriales impartan su ayuda a la enorme tarea de eliminar la pobreza en el mundo subdesarrollado".

Ampliar el volumen de nuestras mercancías exportables, diversificarlas especialmente en el renglón de los productos industrializados, abrir los caminos del comercio hacia todos los mercados del mundo y en especial integrarlos dentro de la gran comunidad latinoamericana, tal vez sean las soluciones fundamentales de los problemas del comercio exterior de México.

En cuanto al comercio interior algunos economistas insisten que la clave para ampliar nuestro mercado interno, consiste no sólo en que la industria produzca más bienes de consumo al más bajo costo, sino principalmente en mejorar el sistema distributivo en las zonas rurales para que el ahorro en el precio de los alimentos y de los productos de consumo, se convierta en un importantísimo aumento de la capacidad de compra.

Pero mejorar el sistema distributivo rural no consiste sólo en reducir por parte de los comerciantes sus costos de operación y poner en ejecución las técnicas modernas de la venta, sino evitar por parte del gobierno que tanto gobernadores como presidentes municipales y toda clase de autoridades menores, graven el comercio con alcabalas inconstitucionales, exenciones indebidas, controles de toda naturaleza y otros procedimientos fuera de la ley, que dificultan la libre circulación de las mercancías y encarecen considerablemente los costos de la distribución.

Y con esto llegamos al tema propio de esta reunión: la industria, que es la actividad económica, creadora y dinámica, y la que puede hacer posible, mediante un esfuerzo nacional de capitalización e inversión, que la economía mexicana logre el "gran impulso" que todos esperamos de ella.

Para ello, deben conjugarse todos los factores de la industrialización: los recursos naturales, las materias primas, la energía, los transportes, la capacitación técnica en todos los niveles y la eficiente administración pública y privada. Estos factores que demuestran la complejidad del fenómeno productivo deben actuar coordinadamente, evitando los puntos de estrangulamiento que podrían detener el avance impetuoso de la industria nacional. Nuestro adelanto industrial demuestra la capacidad del país y de los mexicanos para alcanzar las metas superiores de la industrialización: pone de relieve cuán equivocados estaban aquellos economistas de la posguerra que al considerar imposible nuestro desarrollo industrial, pensaban en un México agrario y pastoril, viviendo bucólicamente en el paisaje dramático de nuestras montañas, de nuestros valles y de nuestras selvas. Hoy estamos seguros que la industrialización es el instrumento principal del cambio de nuestra estructura económica interna.

Y ahora llegamos a otro de los grandes temas del Congreso. Discútese hoy con gran interés acerca de la necesidad y conveniencia de la planeación del desarrollo económico. La evolución de los últimos cincuenta años indica un desplazamiento en Europa y América de la economía del mercado hacia una economía planificada. Se oyen voces que piden un retorno al cauce natural de la economía existente en el mundo de 1914, sin embargo, es un hecho histórico que la diferencia entre aquella estructura económica del mercado y la actual, es la ampliación extraordinaria de la actividad económica del Estado y que esa ampliación de actividades se manifiesta predominantemente en una planificación del desarrollo. Pero, ¿es compatible la planificación y la libertad económica? La planificación económica puede ser de muchos tipos, desde la planificación soviética centralizada y compulsiva hasta la planificación francesa que no es imperativa sino indicativa y que aspira a una coexistencia entre la iniciativa privada y la acción pública, con el fin de conciliar el imperativo del desarrollo con la adhesión a la libertad. Y en este tema de la planificación, ¿cuál puede ser el camino de México? ¿cuáles son los antecedentes en México, de la planeación? ¿ha llegado el momento de la planeación en México? Creo que no debemos pasar por alto que en nuestro país se ha logrado algo muy cercano a la planeación económica nacional por medio de la coordinación de las funciones entre los múltiples organismos gubernamentales, que intervienen en la economía. El gobierno a través de sus Secretarías económicas y las empresas descentralizadas o de participación estatal actúa dentro de una política económica nacional. No hay, sin embargo, ningún plan rígido nacional; pero las metas que se pretende alcanzar y los instrumentos adecuados responden a las exigencias de una situación dada, y están inspirados en esa filosofía realista y pragmática que parece ser la nota característica de la Revolución Mexicana.

El último gran tema del Congreso es el de las relaciones de la iniciativa privada con el gobierno, en orden a las grandes

tareas económicas nacionales. Es difícil afirmar, en el mundo de hoy, la neutralidad económica del Estado. La visión de un gobierno pasivo regulando excepcionalmente algún sector por motivos de orden público, ha sido sustituida por la concepción de un gobierno más activo que orienta, estimula, coordina y en ocasiones suple la actividad económica de los particulares.

Pero el problema estriba en determinar la magnitud e intensidad de la intervención económica del Estado y la magnitud e intensidad de la actividad económica de los particulares que son, en última instancia, y en este punto queremos poner el mayor énfasis posible, los verdaderos creadores de la riqueza nacional. Tal vez las fronteras y límites entre la iniciativa del gobierno y la empresa privada dependan en gran parte del grado en que los particulares sean capaces de tener la necesaria iniciativa, suficiente espíritu de empresa y habilidad y valor para crear la riqueza nacional.

Estos son a grandes rasgos, los problemas económicos nacionales y las interrogaciones que motivan esta Asamblea y que constituyen el tema de sus deliberaciones y la materia de sus decisiones.

En el fondo de esta reunión existe una idea fundamental que es necesario poner de relieve: la idea que México y su economía entran en una nueva y definitiva etapa de su evolución económica; que el país está a punto de dar un salto gigantesco hacia adelante, de iniciar su "gran impulso".

¿Cuáles son los fundamentos de esta idea central del Congreso?

En primer lugar, la existencia en México de una inversión razonable de capital social fijo y de un *quantum* suficiente en la inversión de la infraestructura: transportes, comunicaciones, electricidad, petróleo y agua. Estas inversiones de carácter general crean oportunidades de inversión en actividades directamente productivas; ambas son complementarias; pero las inversiones de capital social y de la infraestructura establecen los cimientos de las diversas actividades económicas, representan un tipo de inversión precursora y tienden a generar las inversiones directas del sector privado; por consiguiente, son el requisito previo para el despegue del desarrollo económico. Y este requisito está ya realizado en México.

En segundo lugar, en nuestro país ya existe una clase social de empresarios privados; inversionistas y administradores, con espíritu de riesgo e imaginación, psicológicamente dispuestos a la iniciativa y al avance, y con la suficiente preparación técnica para aprovechar en forma adecuada las oportunidades que existen hoy en las excepcionales circunstancias por las que atraviesa México.

Por eso pensamos que ha llegado el momento, siguiendo las expresiones de Raúl Prebisch, de liberar el enorme potencial de iniciativa individual que ahora se malogra, dándole a la economía mexicana su plena validez dinámica. En tercer lugar, en México ha tenido éxito, franco éxito, la filosofía de la coordinación entre el sector privado y el sector público, filosofía que tiene sus raíces en nuestra Constitución de 1917. Frente a la doctrina que postulaba en el siglo XIX el predominio permanente del interés privado sobre el interés público, y frente a la tesis que afirma la constante supremacía de lo colectivo sobre lo individual, en México hemos llegado a la conciencia de que sólo la coordinación y la coexistencia de lo privado y de lo público logra las metas del bienestar general. El conflicto entre ambos extremos surge y perdura porque ambas actividades están ligadas inseparablemente, pero existe una nueva concepción en la que el hombre puede mantenerse digno y eficaz entre las dos tensiones.

Reunidos en conjunción venturosa una adecuada infraestructura económica, una clase social con espíritu de empresa y una filosofía política y social fecunda y realista, el futuro inmediato de nuestro desarrollo económico parece estar asegurado.

Señores asambleístas:

Vivimos en plena explosión demográfica. Los imperativos de la sangre y de la vida nos señalan la ruta. Todo pasa ante nuestros ojos y hay que decir de alguna manera lo que ocurre. Debemos preservar nuestro tesoro humano, es decir, nuestra generación y las generaciones de los mexicanos que nos van a seguir y para ello hay que reconocer los grandes y graves problemas que nos quedan por solucionar, las herencias del pasado y los desafíos del presente; pero superior a todas las contingencias adversas de nuestra geografía y de nuestra historia, existen dos valores espirituales: la fe, que forja la idea del destino superior de la nación, y la voluntad, que lo cumple y lo realiza.